

Cuentos y leyendas de Imbabura



PUCE

Sede
Ibarra



Centro de
Publicaciones

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

*Cuentos y
leyendas de
Zimbabua*



Autores

Mgs. David Cazco
Mgs. Magda Restrepo

Ilustración

Stalin Chuma

Bocetaje de ilustraciones iniciales

Santiago Buchely
Cristina Bastidas
Klever López

Revisión de estilo y redacción

Mgs. Gabriela Garcés

ISBN: 978-9978-375-52-5

Este libro fue sometido al debido arbitraje y dictamen de pares evaluadores expertos en el área.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR SEDE IBARRA

Av. Jorge Guzmán Rueda y Av. Aurelio Espinosa Pólit.
Phone: (593-06) 2615 500, 2615-631
Fax: (593-06) 2615-446
Email: prorect@pucesi.edu.ec
Ibarra – Ecuador

Contenidos

Introducción	V
Las puertas del cielo se abrieron	
Autor José Nicolás Hidalgo	1
El Bando	
Autor José Nicolás Hidalgo	9
Las fiestas del Convite	
Autor Víctor Manuel Guzmán.....	17
El río Tahuando	
Autor Víctor Manuel Guzmán.....	25
La Música	
Autor Víctor Manuel Guzmán	33
El Valle del Chota	
Autor David Cazco.....	41
Cuaderno de actividades	50
Vocabulario	62

INTRODUCCIÓN

El presente Libro reúne una recopilación de leyendas, mismas que han sido recuperadas de varios relatos de autores ibarreños y adaptadas con ilustraciones, de tal manera que los niños de las unidades educativas puedan asimilar los contenidos. El objetivo por tanto es transmitir el mensaje del relato escrito por medio la ilustración, este texto tiene la finalidad de ser un instrumento educativo que favorecerá a la comprensión lectora para niños.

El contenido de este texto permitirá que, a través de las imágenes, los niños puedan interpretar los textos narrados por los autores y de esta manera realizar una contribución a la cultura de la provincia de Imbabura, por medio de la conservación de los cuentos y leyendas, para que futuras generaciones puedan conocer sobre las tradiciones que muchas veces han ido pasando por medio de relatos orales de padres a hijos, de generación en generación.

Las Puertas del Cielo se Abrieron



Era el 15 de agosto de 1868, día de la Asunción de Nuestra Señora, que los hijos de Ibarra solían celebrar todos los años, concurriendo a los actos de carácter religioso, únicos, y de índole profana, otros, que se realizaban en una Capilla que los Padres de Santo Domingo tenían en el “Puente de Molinos”, al norte de la ciudad, a orillas del río Tahuando. Delante de esta Capilla había una plazoleta, en la cual se llevaban a cabo varias diversiones populares, tales como el juego del “Boliche”, durante el día y, por la noche, la clásica “Luminaria” en que se formaban grandes hogueras con los montones de leña menuda y “Chamiza” que se traía de las haciendas de propiedad de la Orden, se quemaban vistosas “ruedas” o “castillos” de vívidas y polícromas luces, se lanzaban contra los grupos de gentes veloces y rastreros “buscapiés”, que hacían gritar de susto a las mujeres y causaban gran hilaridad

a los hombres, recorrían los contornos de la plaza las peligrosas “vacaslocas” que embestían ciegamente a todo el mundo y, a veces, se soltaba también un “novillo de bombas”, juego cruel que consistían en enrollar los cuernos de un toro con fajas de tela empapadas de grasa o de aceite, a las que se los echaba fuego, al tiempo de meter al toro en la plaza para lidiarlo. A los costados de la plazoleta, se levantaban las conocidas “chinganas”, en que preparaban y vendían diferentes clases de frituras y se expendía aguardiente y otros licores. La gente pasaba allí comiendo, bebiendo y holgándose al son de alguna charanga o murga callejera, hasta avanzadas horas de la noche, cuando se había quemado ya el último tizón de la “chamiza” y comenzaban ya a extinguirse las “teas” de sebo colocadas en las cornisas de la Capilla.



Entre los numerosos pobladores de Ibarra que concurrieron, ese día y esa noche, a disfrutar del espectáculo que ofrecía la verbena que se realizó en la Capilla de Molinos, se encontraba Josefina Meza, una gallarda y atrayente “chola ibarreña” de aquellos tiempos; ese tipo de mujer que se caracterizaba por la elegancia, el colorido y la distinción de su indumentaria y que desapareció de la ciudad hace muchos años, ante el avance de las modas actuales, que tienden a simplificar y a “estandarizar” los vestidos nivelando, en este aspecto, a las diferentes clases sociales.

El llamativo y casi deslumbrador atuendo de la “chola ibarreña” que vivía en la época a la que nos estamos refiriendo se componía de las siguientes prendas: “bolsicón” de finísima bayetilla extranjera, de los más vivos y variados colores “gulferino”, “guaminche”, “sangre de toro”, etc. De amplias y largas faldas, que remataba, por atrás, en una airosa cola, que la portadora sostenía graciosamente con la mano izquierda; pañolón de burato de seda, bordado casi íntegramente, provisto de flecos de media vara de largo, cuyo vivo color hacía juego con el del bolsicón; chaqueta (o “polka”, como entonces se llamaba), muy ceñida al busto y adornada de anchos encajes; zapatillas de “satín” o de “hule”, nombre que se daba al cuero fino que hoy llamamos “charol”. A este abigarrado conjunto de prendas, la “chola ibarreña” agregaba, cuando iba a la iglesia, una cuarta pieza: el “rebozo”, especie de chal, angosto y largo, también de bayetilla, pero de palo crespado y aborlonado; prenda con que se cubría la parte posterior de la cabeza y los hombros, dejando visibles los lazos de cinta y las peinetas de carrey, que sujetaban el pelo. Lástima grande es, ciertamente, que haya desaparecido, por completo del panorama de la ciudad de Ibarra, el espectáculo deslumbrante y fascinador que ofrecía el traje de la “chola Ibarreña”, de antaño; aunque es preciso decir también que, con el alto precio que ahora tienen las telas extranjeras, sería imposible vestirse hoy con ese derroche de boato.



Josefina Meza, acompañada de algunas amigas y de uno o dos amigos, se encaminó, aquella tarde, a la Capilla de Molinos, con la esperanza de reunirse allí con Daniel Rivera, un simpático pretendiente suyo que le había prometido solemnemente asistir también a los festejos de ese día, para gozar juntos de las distracciones que iban a presentarse allí; la muchacha lo esperó toda esa tarde y parte de la noche; pero el galán no se presentó a ninguna hora, impedido, talvez, por una repentina indisposición de salud, quizá porque observó que sus bolsillos se hallaban completamente vacíos y no estaba, por tanto, en condiciones de sufragar los fuertes gastos que estas fiestas ocasionan, o por cualquier otro motivo.

El hecho es que Rivera no mostró la cara por ese lugar; pero esto no fue un obstáculo para que Josefina Meza se mostrara contenta y alegre y se divertiera a su sabor, en compañía de las personas que habían venido con ella y de los numerosos jóvenes que, atraídos por su gracia y desenfado, se disputaban por atenderla.

Tan feliz se sintió la muchacha rodeada de tantos admiradores, que no se dio cuenta del tiempo pasado en su compañía; de tal modo que se sorprendió grandemente cuando le informaron que era ya la media noche.



Con esta noticia, resolvió emprender inmediatamente el regreso a la ciudad; operación que, en aquella época, no se la podía hacer sino poniendo un pie delante de otro; de modo que no llegó a la ciudad sino una hora después; o sea a eso de la una de la mañana del día siguiente. Avanzó, pues, hasta la Plaza Principal en una de cuyas calles estaba situada la casa de su pretendiente, Daniel Rivera, y, al pasar frente a esta, Josefina Meza creyó que sería acto de descortesía pasar de largo, sin dar a su prometido alguna muestra de su amor.

Como sabía tocar y cantar, pidió la guitarra a uno de sus acompañantes la guitarra que había llevado a la fiesta, afinó las cuerdas del instrumento, limpió el pecho y rompió a cantar una canción popular cuya primera estrofa decía de este modo:

***“Ábreme la puerta, Cielo, Para estar siempre a tu lado;
No me prives de consuelo de mirar tu rostro amado”***.

Pero aún no había terminado de pronunciar el último verso de la copla anterior, cuando una espantosa sacudida del suelo, arrancó de raíz las torres de la Iglesia Matriz, situada a pocos metros del sitio en que ella se encontraba, en el lugar que hoy ocupa la Capilla Episcopal, las que cayeron sobre ella con toda su tremenda pesadumbre sepultándola entre sus escombros y abriéndole, así, de par en par, las Puertas de la Eternidad.

El Terremoto de Imbabura del 16 de Agosto de 1868, se había producido en aquel instante...

El Bando



La señorita Eliza Cevallos era una solterona acomodada, que vivía en Ibarra en el primer siglo pasado y tenía su casa en uno de los ángulos de la Plaza Principal. Era como todas las de su condición, una mujer inquieta, curiosa y habladora, que le gustaba hallarse informada de todo lo que ocurría en la ciudad y el país; es decir que no se contentaba con saber al dedillo los menudos problemas y chismecillos de sus vecinas y amigas, sino que procuraba también estar al tanto de los asuntos de carácter público, así para satisfacer su natural curiosidad, como para tener siempre algo nuevo e interesante que comentar en sus tertulias familiares.



Como en aquellos remotos tiempos no había en Ibarra, ni en Quito o en Guayaquil, periódicos regulares que se encargaban de suministrar noticias sobre sucesos nacionales e internacionales, la promulgación de un “Bando” era un verdadero acontecimiento que despertaba vivamente la curiosidad de la gente y atraía un numeroso público, que escuchaba atento y silencioso la lectura de la Ley, Decreto, Acuerdo, Resolución o lo que fuere, dictados por el Congreso, el Gobierno, las Autoridades Provinciales o los Cabildos Municipales.

Estaría por demás decir que la lectura de un “Bando” y el conocimiento de lo que, por medio de él querría hacer saber al público, interesaban a la señorita Cavillos mucho más que a los demás vecinos de la ciudad. Tanto le interesaban estas cosas, que apenas oía el clamor de las trompetas y el redoble de los tambores de la escolta Militar que suele asistir siempre a esta clase de actos, ya estaba ella en la ventana esquinera de su casa, lista para no perder una sola palabra del “Bando”, así se tratase de la lectura de una interminable Ordenanza Municipal de Ingresos y Egresos. Esta era la invariable costumbre de la señorita Cavillos; pero sucedió, una vez, que ella se encontraba enferma el día que clarines y redoblantes anunciaban la lectura pública y solemne de alguna orden o disposición oficial, y, no pudiendo salir personalmente a la ventana de su casa, a escuchar la lectura del “Bando” e informarse de lo que en este se iba a publicar,



llamó a la señorita que trabajaba para ella, una joven que no tenía preparación académica, y le ordenó que saliera a la calle y procurara oír algo de lo que el Notario Público estaba leyendo en las cuatro esquinas de la plaza y que, si no alcanzara a oír nada, preguntara a todas las personas conocidas que encontrare lo que en el “Bando” se estaba publicando.

Como este había terminado ya, la muchacha trató de averiguar entre sus conocidos el sentido de la palabra “Bando”; pero como ocurre generalmente en estos casos, nadie le dio una indicación completa y clara del asunto, y de todo lo que le dijeron no pudo captar sino solo tres palabras, y, así, cuando regresó a la presencia de su ama y esta le preguntó qué era lo que había averiguado, le dio cuenta del cumplimiento del encargo en los siguientes términos: “Unos Ca dicen Zambo con dulce; otros Ca dicen prostitución; otros Ca Rocajuerte; al fin que tan será”. La disparatada e incomprensible explicación de la fámula, solo no satisfizo la curiosidad de su ama, sino que la hundió en graves cavilaciones, ya que no podía encontrar un motivo razonable para que el Gobierno se preocupara de reglamentar la preparación del “Zambocondulce” (una comida hecha con la calabaza cocida y “panela”, que come la gente pobre del campo).

Para salir de dudas mandó a llamar a dos o tres de sus amigas y les contó la forma en que la joven le había dado razón del contenido del “Bando” y les pidió que, si ellas lo sabían, le hicieran el favor de indicárselo. Entonces, una de ellas, luego de haberse destornillado de risa en compañía de las otras, al informarse de lo que la señorita Eliza les acababa de contar, manifestó que ella conocía perfectamente el asunto por haberse-lo explicado el propio Notario lector de el “Bando”, que era amigo suyo, y que se trataba de algo muy sencillo que, en resumen, se reducía a lo siguiente: Que Don Vicente Rocafuerte (el “Rocajuerte” de la joven), Presidente de la República, en uso de las facultades que le señala la Constitución (la “prostitución” de la joven) concedía Salvoconducto (el “Zambocondulce” de la joven) a todos los presos o perseguidos por asuntos políticos, para que anduvieran libremente por cualquier lugar del país.



Las Fiestas del Convite



Que los antiguos ibarreños, criollos o de pura cepa española, fueron no solamente muy apegados a sus rancios pergaminos, sino amigos del fausto y ostentación, rayados en soberbia, es un perfil de su fisonomía moral, que la tradición y la historia se han encargado de recogerlo, con asombro y estupefacción. Basta recordar las fiestas conocidas con el nombre de “El Convite”, de las cuales aún hace referencia, en una de sus páginas, el historiador Cevallos. ¿En qué consistían esos jolgorios evocadores de las fiestas olímpicas en Roma? Nada menos que ocho días con sus respectivas noches, eran un continuo esparcimiento, en el cual se hacía intemperante alarde de derroche, rindiendo pleitesía a Terpsícore, la musa de la danza y la música. Dividida la ciudad en dos bandos opuestos, el barrio de arriba y el barrio de abajo, cuyo lindero era el centro de la plaza mayor, entraban los vecinos de cada uno de ellos en una fantástica competencia en el reparto alternativo de los días de

“El Convite” Allí los vinos añejos de Valdepeñas se repartían en lavacaros y se bebían en vasos, y los sacerdotes, desde un tablado, el más alto y visible de la Plaza, arrojaban al público la plata labrada, en palancones, de la cual se aprovechaban únicamente los parroquianos, es decir, la gente venida de los pueblos, pues ningún ibarreño se acercaba a recoger esas monedas, so pena de ser marcado con el ceño de la afrenta o deshonor. ¡Qué puntillosos y ensimismados disqué eran los antiguos ibarreños! No toleraban nada que algo pudiera menoscabar su delicadeza personal. De sangre que llevaba en sí los glóbulos rojos de altivez y caballerosidad, de la nobleza española, de un criollismo de heroicidad, se afanaban en mantener sin mácula esas características de la urbe fundada por don Miguel de Ibarra, poniendo el tinte de su personalidad en todos sus actos sociales.



Fiestas como esas no se han visto ni se verán. Las corridas de toros eran el número obligado. Los ibarreños ostentaban los más ricos vestidos, que lo variaban diariamente. Los hombres concurrían con los pantalones bombachos de color claro, chaqueta negra, sombrero de ala, llevando al brazo la elegante capa española, prenda que en más de una vez era desgarrada por las astas del bravío bicho, en un “lance” sacado por su honor y por su dama. Estas lucían muy amplios vestidos de finísima lustrina sobre crinolinas marca francesa, a tono con el corpiño y el sombrero, llevando en la diestra, como complemento de la indumentaria, un vistoso abanico de plumas de colibrí.

Y las airosas bolsiconas, con su mantón de manila, eran de esas que obligaban a sacar el poncho a sus admiradores, quienes exclamaban, al igual el escritor Mera: “ayayay, cholita...” Los toros encolchados y emplatados se sucedían uno tras otro en la plaza, rodeada de tablados con cortinas color carmesí. Y en esas corridas, que terminaban a las seis de la tarde, con el “toro de la oración”, se repartían escenas idénticas a las de la plaza de Rivarrambla, y más de un valiente ibarreño superó en fuerzas y audacia al español Malique Alabez, en eso de echar pies, en medio de los estrepitosos aplausos del barrio al cual pertenecía el valeroso domador, cuya actitud impelía al ejemplo de algún otro del adverso barrio.

Durante los ocho días de fiesta, los bailes se iniciaban a las ocho de la noche, sustituyendo las mujeres los vestidos de seda, con los de vaporosa y rica muselina; mientras los hombres ostentaban la chaqueta cola de pato, zapato punta alzada, para evitar el tropezón y chistera bajo el brazo.

Bailaban el rigodón hasta sudar el hopo. Bebían de lo bueno, lo mejor, y comían en castellano, pues a nadie se le ocurría ir al buffet, sino a la mesa, y nadie pedía consomé o beer, sino caldo o cerveza, y si eran golosos, no decían reprise, sino repita, y la dama no buscaba el toilette, sino el tocador y el joven galán no le obsequiaba un souvenir, sino un recuerdo del inolvidable baile que por lo común consistía en un ramillete muy decididor: una rosa blanca, una violeta y un clavel, unidos con verde cinta, que significaba: sois tan hermosa como modesta y os amo con todas las fuerzas de mi alma...





Evocando el recuerdo de estas fiestas, en nuestra niñez, oíamos decir a un respetable y cascarrabias anciano a quien por cualquier futesa le subía la mosca a la nariz:

“Con razón hubo el terremoto...”

Que antítesis entre aquellos tiempos y los actuales que corremos, en donde todo anda manga por hombro. Hoy el vino no se reparte en jofainas, sino en dedales, y la cerveza, más espuma que líquido, se toma como bebida homeópata. Pero claro, si todo cuesta una fortuna.

Ahora, esto de desparramar planta en palancones, pasó a los cuentos de las mil y una noches; ni siquiera se conoce las de 920 milésimos de fino; cuando se oye nombrar soles, se alza la mirada al sol, se ven las caras, en la época presente, la demanda, en bautizos, los granujas, quienes las recogen con avidez, como si fuesen los doblones o esterlinas de la época de “El Convite”.

El Río Tahuando



Una falta de ibarreñismo, de amor al terruño que nos vio nacer, sería no consagrar en estas tradiciones un recuerdo a nuestro río Tahuando, mudo testigo de las travesuras infantiles y en cuyos vados aprendía la muchachada no sólo a nadar, sino a navegar en artesas, para luego después de esos entrenamientos, ir a debutar en la histórica laguna de Yahuarcocha, que entonces era un verdadero lago, a donde acudían las familias a divertirse honestamente, rompiendo las olas en un barco de pura fabricación ibarreña, obra del hábil maestro Eladio Valencia, quien en eso de asegurar el bote con buenas boyas, no tenía rival, permitiendo así a los trovadores cantar, guitarra en mano, a todo pecho, la oda de Lope de Vega:

“pobre barquilla mía,
entre peñascos rota. Sin
velas desvelada
y entre las olas sola”.

Ablandando así, con sus requiebros y sentidas canciones, a las chiquillas de más duro corazón, si duro pueden tener ante las ingenuas y sencillas cantinelas de sus admiradores, que se inspiraban en la suavidad del paisaje, en el dulce balancear de las totoras y en la eclosión de la distancia que querían dominar surcando las encrespadas olas, para pronto ir a dar en la orilla opuesta, en donde el bueno Don Pastor poseía el secreto de las sorpresas, principalmente en eso de esperar a los navegantes con un cerro de guabas, que decían: chupadme...



Los paseos de antaño están ligados íntimamente con nuestro río Tahuando, en cuyo puente, era el primer albazo o abre-boca, para continuar la marcha en el vehículo que simple usó el seráfico de Asís, pues las vías carrozables no se conocían, por cuanto aún no estaban de moda las carrozas, sino que, en hombros de los dolientes, eran conducidos a la última morada, quienes habían desaparecido del escenario de la vida, tan adiposa de miserias y picardía.

Pero qué ha pasado con el querido Tahuando, antes tan caudaloso, y ahora con tan escasa agua, que no hay ni para un enema ¡Pobre río! Las nuevas “tomas” le han succionado tanto, que los vados han desaparecido y nadie se preocupa ahora de subir a la piedra chapetona, para hacer de ella un trampolín, y zambullir de cabeza, con los ojos abiertos, que era el lujo de los estudiantes, en la tarde de “hoja” o de huida del colegio, por entenderse con las versiones de los clásicos latinos, para justificar la falta al día siguiente, por motivos de gravísima enfermedad, calificada por el severo profesor de ociositis.

El Tahuando según cuentan nuestros mayores, era un brazo de mar, hasta el punto de pretender invadir la ciudad con los formidables derrumbes que inspiraron el numen poético del canónigo doctor Antonio Acosta, quien escribió un libro de cantos, en el que leemos versos como estos:

“por el río del Tahuando,
Mi sombrero va nadando”.....

Tan formidables resultaron los derrumbes, que había contenido el agua, formando una represa, y elevándose el nivel casi hasta la vía Triunfal. Millares de curiosos contemplaban, según la tradición, el impotente espectáculo.

Del lado de La Victoria, su propietario, el quiteño don Rafael Castro, desafió con mil sucres de apuesta a quien pase el río. Don Rafael A. Rosales, joven de dieciocho abriles, que estaba en los bordes del hospital, aceptó el reto y en hermoso caballo blanco, acostumbrado a vadear el Chota, atravesó el Tahuando, sin temor de que se rompiera el dique, como así había sucedido pocos instantes después.

Los espectadores aplaudieron frenéticamente la intrepidez del estudiante quien rechazó los mil sucres manifestando que lo hizo, no llevado por el afán de una ganancia, sino para poner un tabo al desafiante, que a voz en cuello gritaba: “no hay ibarreño que pase el río” Y entonces el imberbe y arrogante joven, desde la orilla opuesta, respondió: ¡Aquí estoy yo!





El Tahuando, de aguas abundantes en otro tiempo, fue teatro de sangrientos combates. Allí lucharon con tenacidad inaudita los patriotas, en la Batalla de Ibarra, cuando la lanza brava del coronel Maza, despanzurraba sin misericordia a los contumaces realistas, del 17 de julio de 1832; allí se parapetó Landázuri, cuando con 30 revolucionarios obligó a capturar al general Yépez con sus 300 “cachudos” guarandños; allí combatió el coronel Patiño y el coronel Carlos Andrade, poniendo en jaque a las fuerzas del gobierno, tiñendo de sangre las cristalinas aguas que se precipitaban como un torrente, con sus copos de espuma que semejaban un haz de rojos claveles.

¡Oh, los tiempos legendarios de nuestro río que hoy se atraviesa a pie! ¡Cuánto le queremos a igual que a la palma, que da nombre a la “Esquina del Coco”, al cual un ibarreño que volvió al cabo de 30 años de ausencia abrazándole cariñosamente y con lágrimas en los ojos el decía:

“Viejito de mi alma, a los años que te veo” Y es que hay cosas, como estas que se adentran en el alma de los ibarreños cual aristas puntiagudas y sangrantes, evocadoras de días que se fueron para jamás retornar.



La Música

La música y la poesía son universales: no han constituido patrimonio exclusivo de pueblo determinado, y es que, según creencia generalmente aceptada, el canto de las aves fue el primer despertador del sentimiento poético del hombre, que buscó siempre sonidos melodiosos para interpretar los afectos de su corazón. Y es por esto que la mitología atribuye a las musas el origen de la civilización de las primeras edades. Allí están las fábulas de Orfeo, Anfión y Apolo, quienes dizque, al son de su laúd, detenía el curso de los ríos y el hombre salvaje salía del fondo de sus cavernas, para escuchar la música cadenciosa. Euterpe será siempre la mítica divinidad de ella, así como Terpsícore, la musa del movimiento rítmico o de la danza.

Y es tan innata y natural la propensión del cultivo de la música que ésta no podía ser extraña a los hijos de Ibarra, así en la época aborígen, como en la colonial y republicana. De esta última etapa la tradición conserva el recuerdo de una famosa orquesta, organizada en esta ciudad bajo la dirección técnica de un maestro y compositor de verdad, don José Dalgo.

¿Quiénes fueron sus componentes? José Dalgo, Alipio García, Rafael Suárez, Antonio Chávez y Pancho Largo. ¡Qué violines! Pedro Mena, Rafael Pazmiño, José Nicolalde, Antonio Sánchez. “Qué flautas! Y Miguel Sánchez ¡Qué violón! Eran “tipazos” en eso de hacer hablar a sus respectivos instrumentos, pues ponían toda su alma y sentimentalidad al recorrer la gama de las emociones.

Tenían dentro de sí el numen musical. Basta decir que Pancho Largo con solo tocar una serenata conquistó ipso facto el corazón de una mujer a quien se le denominó desde entonces La Buchona, porque según el lenguaje popular se fue de buche, al oír el violín de Pancho Largo, él que por otra parte no puso inconveniente en contraer de inmediato matrimonio.





Todos los miembros de la orquesta se caracterizaban por su blanca cabellera que imponía respeto y simpatía; si tocaban en servicio fúnebre desgarraban el corazón con sus notas tristes y lastimeras, y si amenizaban una fiesta, “caracoles” no dizque había títere con calzones ni dama con crinolina que no bailasen hasta sudar el hopo. Y no era para menos, porque todas las piezas bailables eran autóctonas, de un criollismo de marca mayor, pues en aquellos tiempos no hubo el prurito de trasplante de menospreciar lo propio, para dar preferencia a lo exótico y extravagante. No se conocía el tango, el

One step; guaracha ni bolero; con ser de origen extraño los criollos no le rendían homenaje, sino que su pleitesía era para un “costillar” y “ají de queso” un “sigse”, un “alza que te han visto” un “Sanjuan”, parte natural de un rítmico vals, de la complicada “cuadrilla de lanceros” o del majestuoso pasodoble. “A los toros”, en los aristocráticos salones de las familias, quienes a la madrugada demandaban de la orquesta el pasillo “la chola ibarreña”, obra de su director Dalgo, la que ahora con el “chulla quiteño” estaría en muy agradable competencia. Eran bailes de donaire y de belleza de nuestros mayores.



No seamos aferrados a lo exótico; así como la poesía para que perdure debe ser eminentemente nacional, sin imitaciones serviles de literaturas extranjeras que apagan los chispazos del genio y acarrear un insufrible amaneramiento; así también la música debe traducir el alma de nuestra propia nacionalidad, y sin extranjerizarla, es preciso dar preferencia a todo aquello que tiene “el sabor de la tierra” como diría Pereda.

Que la divulgación no sea un desprestigio, sino de reconocimiento de méritos, y muy grandes los que tuvo la antigua orquesta, que bien quisiéramos reviva encamada en los jóvenes ibarreños de tan magníficas actitudes para el cultivo de la música, iniciando una búsqueda de las composiciones musicales de José Dalgo, a cuya ejecución, refiere la tradición, que del pecho de los oyentes salía el grito espontáneo “ayayay, cholita”.

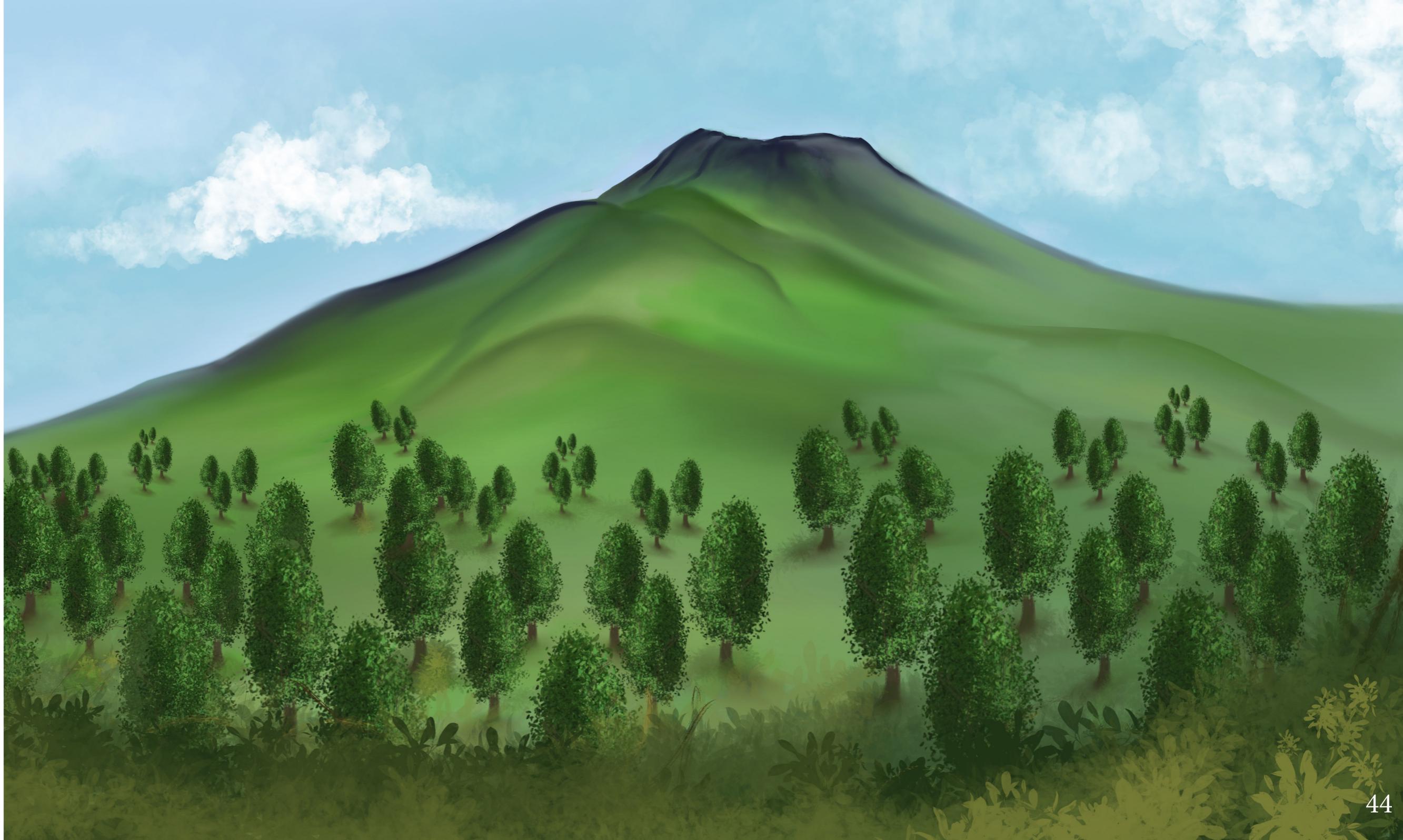


El valle del Chota

Érase una vez, que cuando caminábamos en una mañana cálida y resplandeciente, a lo lejos alcanzábamos a divisar una gran montaña, llena de rica vegetación entre pajonales, pastos, cultivos, árboles y arbustos, se trataba del inolvidable Cubilche; que al acercarnos con paso ligero, le vimos cubierto de nubes como si fueran mantos blancos, que poco a poco se fueron despejando con las brisas del frío andino; luego, con la ayuda de los primeros rayos del sol observamos su maravilloso y majestuoso esplendor de su horizonte que contagiaba a la reflexión y una profunda meditación; el recorrido visual hizo notar parajes y paisajes llenos de relieves planos y ondulados, sembríos y pequeñas casitas de campo que contrastan con el aroma andino, el olor profundo a eucaliptos y el trino de las aves.

Al recorrer por sus amplias praderas y fértiles tierras identificamos la ganadería de leche y carne, así como los cultivos de cebada, trigo, maíz, fréjol, papa, quinua, amaranto, chocho, habas, ocas y mellocos; montaña arriba, localizamos especies vegetales poco conocidas como la valeriana, pino, romerillo, achupalla, totora, caucho, chocho de monte, quishuar, zarcillejo, puya fichana, paja, zitzí, arrayán, mora, cerote, yagual o árbol de papel y entre las aves y animalitos como a la perdiz de páramo, mirlos, quillicos, quinde de cola larga, quinde real, quinde café, torcazas, pava de monte, lobo de páramo, conejo de páramo, chucuri, zorrillo y mariposas.

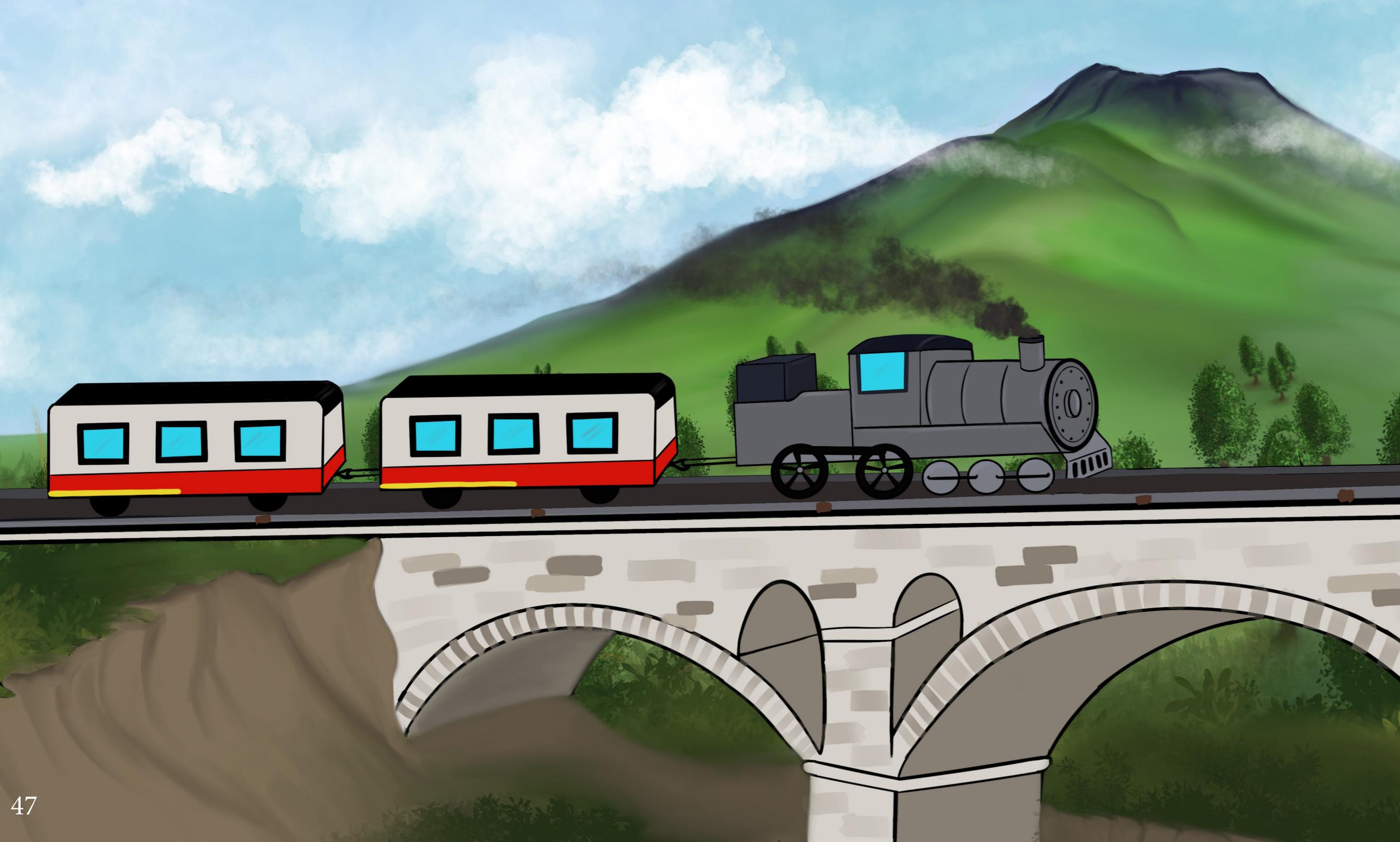
Sorpresivamente un día despertó el grandioso Cubilche y vio que a su lado se encontraba el imponente Taita Imbabura, revestido de rocas volcánicas en lo alto y en ocasiones recubierto de nieve; hermoso por su rica vegetación en sus mesetas altas con gramas y pajonales donde viven, anidan y se esconden los reptiles y vuelan libremente las aves; mesetas medias con cultivos andinos y mesetas bajas con maíz, frejol seco, caña de azúcar y estepas herbáceas; así el Taita Imbabura, todos los días, rugía y hacía grandes ruidos que retumbaban hasta el frondoso valle del Chota, lugar de atracción turística, cuna de la bomba, la danza y el folklor afro-ecuatoriano que practican alegremente los lugareños, habitantes y personas que viven y lo visitan.



Sus suelos son bañados por el río Chota, formando un verdadero serpentín en su recorrido, convirtiendo las tierras áridas en tierras fértiles y productivas. Mención especial merecen los huertos y campos con caña de azúcar, fréjol, tomate de mesa, papayas, mangos, ovos, uvas, aguacate, granadilla, maracuyá, guayaba, taxo, guandul, ají, pimiento, hortalizas de hoja y repollo, la tuna y la cochinilla, insecto que se utiliza para la elaboración de pigmentos en los cosméticos, todos ellos cultivados por los habitantes de raza negra. No podemos dejar de señalar la producción agroindustrial de la panela artesanal e industrial, el alcohol en alambiques caseros y modernos, el azúcar morena y la blanca a través del Ingenio azucarero de Tababela y la producción de huevos, pollos y pavos parrilleros en diferentes plantas avícolas ubicados en sitios estratégicos del valle.

Los habitantes afro-ecuatorianos asentados en el valle son contagiados por su clima subtropical, convirtiéndose en personas alegres, vivaces, folklóricos, amables, humildes y con un gran corazón. La bomba es su música representativa que tocan y que todos bailan alegremente; los niños y jóvenes tienen una habilidad impresionante para manejar, driblar y jugar la pelota, convirtiéndose a futuro en los jugadores seleccionados del fútbol nacional y extranjero; sus mujeres, verdaderas amas de casa que realizan sus actividades junto al río hasta la puesta del sol.





Oh grandioso y hermoso valle convertido en un verdadero paraíso, que ha visto crecer a su gente de generación en generación con alegría e hidalguía; a sus suelos transformados en verdaderos emporios fértiles donde crece la vegetación y alimentos para su pueblo; ver el ir y venir de carros por sus carreteras y locomotoras por las rieles, trayendo, llevando gente y turistas para conocer y disfrutar de tus parajes. Queda en nuestro recuerdo, que al paso del tren veíamos flamear y revolotear las hojas verdes de los cultivos de caña de azúcar, semejando a las olas de un mar apacible y bueno, contrastando con el rojo y el negro de la locomotora.

Cubilche, Taita Imbabura y Valle del Chota, sitios hermosos de la Provincia de Imbabura, dignos de conocerlos, Geo-parque agroecológico y patrimonios representativos del Ecuador.

Actividades



Inteligencia Naturalista

Leyenda - El Río Tahuando

Actividad.- Después de haber leído la leyenda, los niños visitan El Paseo Bolívar, donde los antiguos habitantes de Ibarra disfrutaban del paisaje. Se debe componer frases cortas que describan la experiencia de la visita al lugar.

Inteligencia Interpersonal:

Leyenda – El Bando

Actividad.- Representación teatral de la época en la que se realizaba El Bando en la ciudad de Ibarra: Realiza un guión, definir personajes y caracteriza a cada uno de ellos.





Inteligencia Espacial:

Leyenda – Las puertas del cielo.

Actividad.- En grupos los estudiantes deben dibujar, pintar, recortar y construir tres personajes de la leyenda.



Inteligencia Lingüística:

Leyenda – Las Puertas del Cielo.

Actividad.- Después de leer la leyenda, redacta con tus propias palabras una historia en la cual se cuente que pasó después que Dios abrió las puertas del cielo.



Inteligencia Cinestésica:

Leyenda – Las Fiestas del Convite

Actividad.- Después de leer la leyenda, los niños realizan una representación del baile de las fiestas del convite con movimientos del cuerpo.

Vocabulario

Fámula.- Criado o sirviente de

Terpsícore.- Es la musa de la danza, de la Poesía-Ligera propia para acompañar en el baile a los coros de danzantes y también se le considera una de las más hermosas hijas de Zeus. Representada como una joven esbelta, con un aire jovial y de actitud ligera.

Numen.- Inspiración que siente el artista y que estimula o favorece la creación o la composición de obras de arte.

One Step.- Es el nombre que se dio a un baile que apareció en Estados Unidos hacia 1910, alcanzando la cúspide de su popularidad en 1914, extendiéndose por todo el mundo en la década de 1920.



 **Publicaciones** Centro de
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

ISBN: 978-9978-375-52-5

